

EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ✧ BARCELONA, marzo de 1895 ✧ NÚMERO 23

— Con el presente número se entregará el cuaderno 23 de Los Voluntarios de la Muerte, novela de la BIBLIOTECA —



CAZA DE UN COCODRILO: Sujeté los bejucos en el cuello del cocodrilo, y le arrastré a hasta la orilla

SUMARIO

Caza de un cocodrilo.—Historia de ocho marineros (*conclusión*).—Hortensia de Castro (*conclusión*).—Cogido por la serpiente.—Una colonia desgraciada.—Variedades.

CAZA DE UN COCODRILLO

«Cierta día, bien provisto yo de municiones, salí acompañado de Carlos, joven francés y hábil cazador, para ver si mataríamos algunos pavos en las pintorescas orillas del Melina. Después de batir los matorrales y espesuras, con no poco deterioro de nuestras ropas y manos, tuvimos la mala suerte de no encontrar una sola de las aves que buscábamos; y, al ver esto, mi compañero se fijó en las bandadas de perdices que á cada momento pasaban cerca de nosotros. Yo continué mi marcha á lo largo de la orilla del río, avanzando con la mayor precaución, para no pisar alguna serpiente de cascabel ó algún *congo*, hedionda serpiente negra, sumamente peligrosa, que infesta los ríos en aquellas regiones.

»Al fin, llegué á una parte de la corriente donde el agua parecía dormida bajo la sombra de gigantescas higueras, á través de cuyo follaje los rayos del sol deslizábanse hasta las lilas acuáticas que franjeaban aquel espejo líquido. Ante aquel espectáculo, pronto olvidé la caza, y permanecí inmóvil, contemplando las bellezas del sitio.

»Me despertó en mis reflexiones cierta agitación que noté entre el follaje de las flores, que se sumergieron de repente, desapareciendo del todo y dejando como un vacío en el agua. Al punto me ocurrió que algún pez muy grande había llegado hasta aquel delicioso jardín acuático; pero de improviso ví el largo lomo de color oscuro de un cocodrilo.

»Por regla general, cuando temo un peligro, aunque sea mentalmente, mi primer impulso es alejarme de él; pero si se puede alcanzar algún objeto útil arrostrándole, mi segundo impulso me induce á hacerle frente. En su consecuencia, muy pronto me resolví á matar aquel anfibio para aumentar nuestros víveres. No llevaba más que perdigones; pero cargué mi escopeta pesadamente, con la esperanza de que el animal se pusiera á tiro presentándome un lado de la cabeza. Apoyé la culata del arma en mi hombro, y esperé inmóvil para hacer fuego.

»Bien fuera por mi mala suerte, ó porque el animal olfateaba el peligro, no presenté más que la parte anterior de su cabeza. Sin embargo, se movió, al fin, como yo deseaba, hice fuego, y el saurio desapareció debajo del agua.

»De pronto, me pregunté si habría errado el tiro; pero no, algo aparecía en la superficie líquida, y no fué poco mi contento al ver el vientre del cocodrilo. Esto me enorgullecí, porque ese animal es tan repugnante, que no puede inspirar compasión. Entonces llamé á mi compañero con toda la fuerza de mis pulmones, sospechando poco que en aquel momen-

to renegaba de la detonación de mi escopeta porque había espantado las perdices que él observaba hacía un cuarto de hora. Pero, temeroso de que me hubiese ocurrido algún accidente, llegó corriendo, y se alegró mucho al ver aquella caza mayor que flotaba en la superficie del agua como un tronco.

»No obstante, solamente estaba hecho la mitad del trabajo, pues era preciso asegurar la presa. En aquel sitio, la corriente, después de salir de la especie de estanque que he descrito, se contrae y comienza á ser muy rápida. El cocodrilo derivaba siguiendo la corriente, con mucha lentitud, es verdad; pero no sabíamos que, apenas llegado al estrecho canal, quedaría perdido para nosotros. El estanque era profundo, y, desgraciadamente, ninguno de nosotros sabía nadar; por lo cual no quisimos aventurarnos en el agua; y, aunque la corriente tenía muy poco fondo, había peligro de perder pie y ser arrastrados por su fuerza hasta las aguas profundas.

»En este apuro, sin saber qué partido tomar, y muy disgustados, observábamos el progreso del cocodrilo con mirada ansiosa. Por fortuna, un tronco de árbol, que flotaba en el estrecho paso de la desembocadura, habíase fijado allí, y, gracias á esto, el cocodrilo quedó detenido; de modo que tuvimos tiempo para pensar en los medios de recobrarle.

»Entonces recordé que en una parte más lejana del río, como á media milla de nosotros, había una granja, y, en su consecuencia, resolví cruzar la corriente, cosa muy difícil y de no poco peligro, pues el agua llegaba hasta los hombros; pero, sin arredrarme por esto, llegué á la otra orilla y dirigíme corriendo á la granja. Con gran disgusto mío, no encontré nadie en ella.

»Volví hacia la orilla, algo abatido, porque el segundo paso me parecía más peligroso que el primero, y poco me faltó para caer en una hoya, en la que el agua se arremolinaba furiosa. Al fin, pude ganar tierra, y volví á preguntarme qué se podría hacer.

»Después de pensar largo rato, hicimos una especie de arpón con bejucos, y nos dirigimos otra vez al agua, en la cual me introduje hasta medio cuerpo; pero pude sujetar los bejucos en el cuello del cocodrilo, y así fué arrastrado hasta la orilla.

»De improviso, su cola comenzó á moverse, azotándonos las piernas, y al ver esto dimos un salto y nos alejamos corriendo, profiriendo gritos de terror: nos parecía que aquellas enormes mandíbulas de diez y ocho pulgadas de longitud, armadas de setenta y siete dientes grandes y agudos, se movían ya junto á nosotros.

»—Seguramente,—dije yo,—tiene una herida mortal. Los movimientos de su cola eran, sin duda, las convulsiones de la agonía, ó bien el agua ha sido causa de que su cola se moviese. Pensando en aquella cola, recordé, al mismo tiempo, que la carne del cocodrilo era excelente para comer y que, en tal caso, sería una buena adición á nuestras provisiones de carne

salada. En su consecuencia, volví á cargar mi pistola y escopeta, y nos dirigimos otra vez en busca del saurio. El cocodrilo no se había movido; le disparé un tiro en un ojo, y otro en la paletilla, no sin temblar un poco, pero estaba completamente muerto: ya no se podía dudar.

»Lo primero que hicimos fué medirle, y vióse que su longitud era de diez pies, por cuatro de circunferencia en la parte más gruesa del cuerpo; y como pesaba demasiado para llevarle nosotros, dejámosle allí, medio sumergido entre el cieno y el agua para ir á buscar auxilio á Castroville.

»Los cocodrilos no son raros en el Medina; pero rara vez se consigue matar uno; de modo que la noticia de nuestra hazaña produjo cierta sensación en la ciudad. Acto continuo salió un carro para recoger la presa, seguido de una procesión algo ridícula. La distancia que se debía recorrer era de seis millas. Se necesitaron seis hombres para cargar el monstruo en el vehículo, y, aunque le habíamos cazado por la mañana, no llegó á nuestro jardín hasta la noche.

»Al abrirle el vientre, encontramos dos piedras del volumen del puño de un hombre, otras seis más pequeñas y gran cantidad de guijarros. Además de esto, halláronse siete ú ocho cangrejos enteros.

»La operación de preparar el cocodrilo y condimentarle fué una fiesta; pero debo advertir que solamente la parte carnosa de la cola es la que se considera comestible, y la distribuimos liberalmente entre todos. A mí no me agradó mucho el sabor, pues el animal había estado en el cieno durante las horas más calurosas del día, y, por otra parte, exhalaba un penetrante olor de almizcle, que se introducía en nuestras narices y que se conservó en nuestras ropas, al menos, una semana.»

HISTORIA DE OCHO MARINEROS

(Conclusión)

»Durante aquel período buscamos algún medio para tener luz nosotros, para lo cual arreglamos una especie de lámparas, alimentadas con aceite de ballena, habiendo preparado nosotros las torcidas deshilando trapos. Esto no impidió que nuestra tienda fuese lóbrega como un calabozo, lo cual contribuía, como ya se comprenderá, á la tristeza de nuestros ánimos.

»Llegó, al fin, Año Nuevo, y, á medida que los días se alargaban, el frío iba en aumento, llegando hasta á ser tan espantoso que levantaba ampollas en nuestras carnes como si se hubiesen quemado por el fuego; y si tocábamos hierro para cualquier cosa, se adhería á nuestros dedos como si fuese cal. Algunas veces, si salíamos á la puerta para buscar un poco de agua, el frío nos mordía con tal fuerza que nos producía el mismo efecto que si nos hubieran golpeado.

»En los primeros días del invierno encontramos agua debajo del hielo aglomerado en la

playa, agua procedente de una especie de roca del mismo; mas era preciso romper la helada capa que la cubría para obtenerla.

»Los últimos días de enero tenían unas siete ú ocho horas de duración, y entonces pasamos de nuevo revista á nuestros víveres, tan escasos ya que no podían durar más de seis semanas, lo cual nos hizo temer el hambre para muy pronto.

»El 3 de febrero el frío fué de lo más extraordinario que habíamos conocido hasta entonces; pero el día se presentó sumamente claro, disipáronse las nubes, y la sonrosada aurora nos sonrió otra vez, mientras que un sol magnífico doró con sus rayos las cimas de las altas montañas, comunicando á la nieve deslumbradora brillantez. Para colmo de satisfacciones, vimos dos osos, ó, mejor dicho, una hembra con su oseño, que se dirigían hacia nuestra tienda. Muy pronto fijó en nosotros una mirada de codicia, y, con la esperanza, sin duda, de que le sería fácil devorarnos, apresuró su marcha; mas, apenas estuvo bastante cerca, atacámosla sin vacilar y la hicimos rodar por tierra acribillada de heridas. El oseño se escapó, y no fué posible perseguirle, á causa de la intensidad del frío. Nos retiramos al punto á la tienda para calentarnos un poco, y después se recogió el oso, descuartizámosle y asamos una parte de su carne para comer. Era muy sabrosa, mejor aún que la del venado, y tuvimos alimento para veinte días. Cuando se concluyó fué preciso ocuparse en buscar más, á fin de economizar los víveres que teníamos en barril, pues eran nuestra última esperanza.

»La Providencia nos envió algunos osos más á nuestra tienda, tal vez cuarenta, de los cuales se mataron siete. Uno de ellos, mucho más grande que los otros, medía, al menos, seis pies de altura. Gracias á esto, se pudieron hacer tres comidas diarias, lo cual nos permitió recobrar las fuerzas.

»Llegaba el buen tiempo, y no tardamos mucho en ver las diversas especies de aves que durante el invierno se alejan de aquellas regiones. El 10 de marzo, uno de nuestros dos perros salió de la tienda por la mañana y ya no volvió más, sin que pudiéramos saber qué había sido de él.

»Al mismo tiempo que las aves, que acuden para alimentarse de ciertos pececillos, aparecieron los zorros, que durante todo el invierno habían permanecido en sus madrigueras de las rocas. Para cazar estos animales pusimos tres trampas ó lazos, empleando como cebo las pieles de algunas aves. Estas últimas, del tamaño de un pato, tienen las piernas tan cortas y tan próximas á la rabadilla, que cuando se posan en tierra apenas pueden remontarse de nuevo, por haber desviado de aquéllas, á la vez que por el peso de sus cuerpos. Con nuestras trampas cogimos unos cincuenta zorros y más de sesenta aves, siendo la más pequeña de las dimensiones de una paloma.

»Esto continuó hasta el 1.º de mayo; y como ya comenzaba á sentirse un poco de calor, pudimos salir para buscar más víveres. Todos los

días emprendíamos alguna excursión; pero no encontrábamos nada, hasta que el día 24 de dicho mes vimos un gamo, el cual creíamos fácil de coger con nuestro perro; pero éste había engordado tanto, que no nos sirvió. Continuando nuestra exploración, encontramos huevos de diversas aves, y dos de nuestros compañeros llevaron más de treinta a la tienda. Teníamos esperanza de coger al día siguiente lo menos mil; pero acrecentóse tanto el rigor del frío y sopló con tal fuerza el viento, que no pudimos salir de nuestro refugio.

»El 25 de mayo faltamos por la misma causa a la costumbre que nos habíamos impuesto, cual era la de trepar cada dos días a la cumbre de una montaña para ver si se distinguía el agua en el mar. Una tempestad de viento había roto el hielo más grueso en el mar de Bell, arrastrándolo lejos; de modo que este mar quedó despejado en un espacio considerable, aunque no cerca de la orilla.

»El 25 de mayo, por lo tanto, permanecimos todo el día en la tienda, y, entretanto, llegaron dos buques que se dirigían al mar de Bell. Los tripulantes no ignoraban que habían quedado allí hombres el año anterior, y el capitán, deseoso de saber si estaban vivos ó muertos, envió una chalupa con orden de acercarse tanto como les fuera posible. Los tripulantes encontraron, al llegar a la orilla, la chalupa que habíamos botado al agua para ir a cazar focas apenas mejorase el tiempo, y contenía todos los efectos necesarios para la empresa. La vista de aquella embarcación infundió esperanzas a los que iban en busca nuestra; mas, por otra parte, dudaban que nos hubiera sido posible conservar aún la vida en aquella desolada región. Sin embargo, sacando nuestras lanzas de la chalupa, encamináronse hacia la tienda, sin que nosotros los viéramos, porque estábamos reunidos en compacto grupo para conservar el calor. Los tripulantes pronunciaron en alta voz la palabra usual usada entre los marinos, ¡Hey!, pero solamente la oyó Tomás Ayres, que estaba en la tienda exterior, y contestó al punto a ella. Muy pronto les oímos hablar, y salimos presurosos de la tienda, ennegrecidos por el humo y con las ropas destrozadas. El aspecto que teníamos produjo en los recién venidos el mayor asombro; mas, comprendiendo que éramos los mismos hombres abandonados allí, nos abrazaron fraternalmente y los conducimos a la tienda, para «hacerles los honores de la casa» y obsequiarlos con un pedazo de ciervo asado a cada cual y un vaso de agua fresca en vez de vino, lo cual aceptaron por la novedad.

»Después pedimos con ansia noticias sobre el estado de la tierra y del mar, a lo cual nos contestaron satisfactoriamente. Después salimos todos de la tienda, y en la chalupa de nuestros salvadores nos trasladamos a bordo del buque, donde se nos recibió con la mayor cordialidad, diciéndonos que podríamos esperar allí la flotilla inglesa, la cual debía llegar de un momento a otro. Sin embargo, transcurrieron tres días sin que se presentase, tres

días que nos parecieron tres años, aunque habíamos pasado tantos en nuestra soledad.

»El 28 de mayo llegó, por fin, la flotilla, y pasamos a bordo del *Almirante*, cuyo capitán, William Goodler, es también conocido de todos los marinos por su bondad y cortesía. Nos recibió alegremente, y al punto dió orden para que se nos proporcionara todo cuanto pudiesemos necesitar y fuera conveniente al restablecimiento de nuestras fuerzas.

»El 20 de agosto nos hacíamos a la vela con rumbo a Inglaterra, y después de una laboriosa travesía, durante la cual se hubo de luchar no pocas veces contra los elementos, anclamos, en el río Támesis, con el regocijo que ya se comprenderá, siendo cordialmente recibidos después por la Compañía de Moscovitas.»

COGIDO POR LA SERPIENTE

La siguiente aventura ocurrida a Speke, el gran explorador, es uno de los más interesantes episodios de su vida, tan llena de peligros, de los cuales pudo escapar muchas veces como por milagro.

El mismo capitán Speke nos refirió la aventura tal como la reproducimos. Parece que, juntamente con su compañero Grant, salió cierto día del campamento, a fin de cazar algo para la cena. Su primera víctima fué un búfalo joven.

Poco después de haberle matado, vieron la oportunidad de apoderarse de mejor presa. De repente, divisaron un enorme elefante, de magníficos colmillos, que se hallaba a tiro. Speke se echó la carabina al hombro, y, después de apuntar cuidadosamente, hizo fuego.

Un momento después, cuando observaba con suma atención para ver el efecto del tiro, oyó un grito de los negros que le acompañaban y miró a su alrededor.

Poseído de espanto, observó una enorme serpiente boa constrictor, en el acto de precipitarse sobre él desde la rama de un árbol.

En menos de un segundo, ó, mejor dicho, antes de que tuviera tiempo de saltar a un lado, el terrible reptil se había desprendido del espeso follaje, cogiéndole ya con uno de sus anillos. Speke hizo un esfuerzo sobrehumano para desprenderse, y en el mismo instante, mirando en torno suyo para pedir auxilio, vió a Grant a pocos pasos con la carabina levantada.

«En un momento lo comprendí todo,—dice Speke.—El monstruoso reptil había atacado al joven búfalo, y, por desgracia, yo me coloqué entre uno y otro en el momento de hacer fuego contra el elefante. La casualidad, ó más bien mi buena suerte, quiso que, en vez de ser sofocado en los anillos del reptil juntamente con el pobre cuadrúpedo, solamente mi antebrazo quedara cogido entre el cuerpo de éste y un solo anillo del boa. El miembro estaba junto al cuello, y, gracias a su blandura, se atenuó la fuerte presión de la serpiente, semejante a la de un hierro por su dureza.



HISTORIA DE OCHO MARINEROS: Vimos dos osos que se dirigían hacia nuestra tienda

»Al ver á Grant á punto de tirar, experimenté un verdadero terror; pues, si se abstenía de hacerlo, era muy posible que yo escapara del boa cuando éste aflojase sus anillos; pero, si mi amigo hería al reptil, era muy posible que en sus convulsiones me ahogara.

»Cuando yo pensaba esto, Grant se detuvo, sin duda por haberlo comprendido así también.

Vió cómo estaba yo situado y que aún conservaba la vida, la cual dependía de la voluntad de la serpiente. Nos hallábamos tan próximos uno de otro, que podíamos vernos muy bien las líneas del semblante y hasta hablarnos en voz baja; pero no me atrevía, porque la cabeza del reptil estaba pocos pies de la mía, y el movimiento de un párpado era suficiente para po-

ner término á mi vida. Con los ojos desmesuradamente abiertos, limitábame á mirar á Grant y á los negros.

»Muy pronto la serpiente aflojó poco á poco sus anillos, y, después de oprimirlos varias veces, haciendo estremecer al búfalo, entreabrió uno de aquéllos completamente y se detuvo.

»El siguiente anillo era el que me retenía prisionero, y, al sentir yo que se aflojaba, nació la esperanza en mi corazón, pero temeroso siempre. Tal vez cuando el reptil me soltara del todo, mi brazo se cayera inerte por no tener en qué apoyarse. Esto solo bastaba para que la serpiente me enlazase de nuevo, y entonces ¡adiós para siempre las fuentes del Nilo!

»¡Oh! ¡Qué desesperadamente luché para dominarme! Yo miraba á Grant y veíale oprimir su carabina ansiosamente, mientras que los negros me contemplaban mudos de terror y como petrificados por el asombro. También miré la temible cabeza de la serpiente y pude notar que sus brillantes ojos vigilaban, como para observar si había algún movimiento de vida en su presa.

»Poco después, el reptil aflojó el anillo que me sujetaba el brazo, primeramente en una línea imperceptible y luego dejando más espacio, el suficiente para sacar mi mano; pero no me atreví á ello. Los segundos me parecían siglos, y un minuto la eternidad.

»El segundo anillo se deshizo del todo, y el siguiente se ensanchó. ¿Saltaría de ella al punto, ó debería esperar un momento más favorable? Opté por lo primero, y con la rapidez del rayo dí un brinco hacia Grant, que en el mismo instante disparó su carabina.

»Por primera vez en mi vida me sentí completamente desfallecido, y, dejándome caer en tierra, permanecí sentado algunos minutos, casi falto de conocimiento. Cuando me recobré, Grant y los regocijados negros me ayudaron á ponerme en pie, señalándome el boá, que aún se retorció en las angustias de la muerte. No pude menos de estremecerme al observar los efectos de la tremenda fuerza de aquel animal moribundo. En el espacio de algunas varas al rededor del reptil, la yerba y los arbustos estaban destrozados, como si hubiese pasado por allí un violento huracán.

»Cuando medimos el monstruo, se pudo ver que media cincuenta y un pies y dos pulgadas y media de longitud; mientras que la circunferencia del cuerpo en la porción más gruesa era de tres, siendo, por lo tanto, la serpiente más grande de que se había oído hablar hasta entonces.»

UNA COLONIA DESGRACIADA

Entre las muchas previsoras medidas que señalaron el reinado de Gustavo Adolfo, una de ellas fué la de promover el bienestar de Suecia por medio de colonias y plantaciones. Los acontecimientos políticos impidieron que se realizara el designio en vida de aquel soberano;

pero la idea dió buen fruto en el reinado de su hija Cristina. En el año 1637 se fundó una colonia sueca, con ayuda de los holandeses, en el río Delaware, en la América del Norte, cerca del punto donde ahora se eleva la ciudad de Wilmington. Esta colonia se llamó Nueva Suecia, y el fuerte construído por los colonos recibió el nombre de Cristina, en honor de la reina.

Durante los diez años que siguieron á la fundación de la colonia, se enviaron anualmente de Suecia varios buques que conducían pobladores, instrumentos de toda especie y productos suecos. Nuestro relato se refiere al desgraciado éxito de una expedición de este género, efectuada en 1649.

El 13 de abril de aquel año la reina dió órdenes para equipar el *Cat*, buque de guerra que estaba anclado en Gotemburgo, á fin de que emprendiese una expedición á Nueva Suecia, llevando colonos y un cargamento perteneciente á la Compañía de las Indias, compuesto de material de guerra, instrumentos y víveres.

La expedición estaba al mando de Hans Amundsson, que llevó consigo á su esposa y familia en número de siete individuos. El capitán era Cornelio Lucifer, y también iba á bordo un sacerdote, Matías Rosenbechius. Habíanse embarcado setenta colonos, de los cuales veinticinco eran hombres de mediana edad, y siete muy jóvenes, componiéndose el resto de los viajeros de mujeres y niños.

El buque se hizo á la vela el 3 de julio en Gotemburgo, y llegó sin percance á la isla de Antigua, en las Antillas Menores, el 10 de agosto. Aquí se ancló para tomar agua; pero como escaseaba la de la isla, los expedicionarios fueron al día siguiente á San Kitts, donde se les trató bien y obtuvieron lo que necesitaban.

Después de haber tomado sal en San Martín, el *Cat* se hizo á la vela en esta isla en la tarde del 24, á pesar de haber aconsejado Amundsson al capitán que no se moviera en toda la noche. Por desgracia, daba con un hombre muy terco, y, habiendo insistido éste en continuar el viaje desde luego, estuvo cruzando por aguas peligrosas y desconocidas hasta el 27, día en que el buque estuvo á punto de perderse.

Cuando Amundsson observó el peligro, rogó al capitán que recogiera velas, á lo cual contestó éste que no había peligro alguno; mas, al fin, cuando la necesidad era mayor, consintió en hacer lo que se le había dicho, porque ya había perdido todo su valor. El buque había rozado, al parecer, contra una roca flotante; pero cuando amaneció consiguióse hacerle llegar hasta la playa de una isla deshabitada, donde desembarcaron.

Cuando todos estuvieron en tierra, trasladóse á ésta el cargamento y provisiones, y asegúrase que se hizo una tentativa para reparar el buque y proseguir el viaje, lo cual se hubiese conseguido si la falta de agua no hubiese obligado á la expedición á confiarse á la merced de una colonia española de la isla inmediata. Estos colonos tomaron al punto posesión de todo el cargamento, y hasta arrebataron

prendas de ropa á los pobres suecos, tratándolos de la manera más inhumana y tiránica.

Al fin, se les condujo á bordo de algunos pequeños barcos, y los enviaron á Puerto Rico, donde Amundsson recibió orden de presentarse al gobernador español, D. Fernando de la Riva, quien le dió audiencia, preguntándole de dónde venía y cuáles eran sus intenciones. Después le rogó que dispensase del mal trato de que había sido objeto por parte de los soldados, y declaró que esto no habría sucedido si él hubiera estado presente. Amundsson replicó que esto no tendría nada de extraño tratándose de enemigos; pero que, siendo ellos una nación amiga, reclamaría ante quien procediese.

Los náufragos obtuvieron así su libertad, y se les dejó arreglarse como pudieran, lo cual no era nada fácil, puesto que se les había despojado del buque y su cargamento.

Como todo estaba muy caro en la isla, les costó mucho atender á su subsistencia. Despojados y medio desnudos, debieron trabajar para los habitantes ó pedir limosna, y solamente Amundsson obtuvo una pensión de veinticuatro duros mensuales para él y su familia.

Malos tiempos siguieron para los suecos, que debieron luchar contra las enfermedades y la miseria. Por otra parte, los españoles habían quemado sus libros de oraciones, prohibiéndoles practicar sus ritos. A muchos se les indujo á convertirse al catolicismo; á otros se les obligó, apelando á la fuerza y á las amenazas, y no pocos debieron hacerlo por su matrimonio con españolas. El mismo gobernador quiso que se bautizase por fuerza á una sueca, y después se la llevó á Cartagena.

Los náufragos ansiaban escapar de la isla, particularmente los marineros que formaban la tripulación del buque, y que á menudo suplicaron á su comandante que los ayudara á buscar una oportunidad para volver á su país. El jefe se mostraba rehacio en acceder, temiendo que si la tripulación volvía á su país y se propagaban las noticias sobre el desgraciado éxito de la expedición, se retardaría la obra de colonizar, perjudicándose á la Compañía de las Indias. Había escrito ya á las autoridades suecas, y esperaba órdenes; pero el correo entre Europa y América distaba mucho entonces de ser rápido.

Pasaba el tiempo, y la tripulación se mostró de cada vez más impaciente. Amundsson la persuadió á que le permitieran enviar á Joaquín Lyche á Suecia, á fin de buscar socorros (con él fué el capellán) y esperasen órdenes de su país, las cuales no podrían tardar más de un año en llegar. Transcurrido este tiempo sin recibirse ninguna, la tripulación abandonó la isla para regresar á su país como mejor pudiera; y, antes de esto, dos jóvenes nobles, al servicio del Almirantazgo, habían emprendido el viaje y llegado á Suecia en julio de 1650, pero en el más triste estado.

Muchos colonos quedaban aún en la isla, y no llegaba ningún buque de Suecia; de modo que se alegraron mucho cuando el nuevo gobernador, D. Diego de la Vera, les anunció que

se proponía dejarles abandonar la isla. Sin embargo, no podía auxiliarlos con recursos, ni había recibido ninguna orden de su Gobierno sobre lo que debería hacer con ellos. Un general español, Francisco Viante, debía regresar muy pronto á su país, y, llegado el día de embarcarse, los suecos se reunieron en la playa, esperando que los llevaría consigo. Amundsson y su esposa pasaron á bordo; pero allí se les dijo que, contrariamente á todas las promesas que se les hicieron, solamente ellos y sus hijos serían admitidos. El jefe sueco se encolerizó ante aquel engaño, y quiso que se le dejara en tierra con su gente si no se embarcaba ésta; pero le contestaron que el gobernador había dispuesto que marchase por su voluntad ó sin ella. Las protestas fueron inútiles, y, ante la fuerza y las amenazas, vióse obligado á permanecer á bordo.

Entretanto, los infelices colonos permanecían en la playa, esperando con ansiedad; pero, al ver que no llegaba bote alguno á esperarlos, y que el buque aparejaba para salir, comenzaron á sospechar que había ocurrido algo. En su amarga tribulación, imagináronse que su jefe los abandonaba; pero aún tenían medio de obligarle á volver, porque sus hijos estaban en la orilla; y cuando el bote llegó para embarcarlos, los suecos formaron un cordón al rededor, negándose en absoluto á dejarlos marchar. Hasta intentaron retenerlos por fuerza; pero un piquete de soldados los obligó á dejar los niños, y, después de conducirse á éstos á bordo, el buque se hizo á la vela. Esto sucedió el 11 de abril de 1651.

Amundsson llegó á Cádiz en julio, y desde aquí envió una carta al residente sueco en Amsterdam, rogándole que la remitiese á Suecia; pero no llegó nunca.

Afortunadamente, pudo llegar él también á Amsterdam, y desde aquí escribió al embajador sueco en Madrid, rogándole que se interesara con el Gobierno español para que socorriese á sus infelices compatriotas, abandonados en la isla.

(Se concluirá)



VARIEDADES



FRACASO DE UN RECLAMISTA

Resulta ahora que los paquetes postales que tanto pavor infundieron en un principio á los empleados de correos de Inglaterra no eran consecuencias de un bromazo ni de una conspiración.

El autor de todo ello ha sido un comerciante que mandaba por el correo paquetes envueltos en periódicos y papeles impresos, en donde figuraba el anuncio de varios de sus artículos.

Con esto el comerciante en cuestión buscaba un gran reclamo. Esperando que el asunto se trataría por la prensa, y que ésta, al dar cuenta de los paquetes sospechosos se vería precisada á descender al detalle y citar su artículo, conseguía así su objeto sin costarle un céntimo.



COGIDO POR LA SERPIENTE: Por fortuna, sólo mi antebrazo quedó cogido. .

La treta, como se ve, no estaba mal urdida, y ha sido, al fin, puesta en claro por la policía y por los empleados de correos, pero sin conse-

guir el propósito apetecido, pues los periódicos ingleses, excesivamente cautos, se han guardado bien de hacerle el artículo.

ADMINISTRACIÓN: RAMÓN MOLINAS, EDITOR: PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA.—NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: Plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA